

DAVALO

CARNE
DE
CANON

IRAS
DE
BRONCE

PQ7297
.D3
C3



1020028196



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

¡CARNE DE CAÑON!

Núm. Clas.

M 868.62

Núm. Autor.

D 245 c

Núm. Adq.

33297

Procedencia

-8-

Precio

Fecha

Clasific.

Catalogo

67

OBRAS DEL AUTOR

DIDACTICAS:

LECTURA ESCENICA.

TEATRO

DRAMAS PUBLICADOS:

EL ULTIMO CUADRO.

GUADALUPE.

ASI PASAN. . .

JARDINES TRAGICOS.

EL CRIMEN DE MARCIANO.

LO VIEJO.

¡INDISOLUBLE!

AGUILAS Y ESTRELLAS.

DRAMAS EN PUBLICACION:

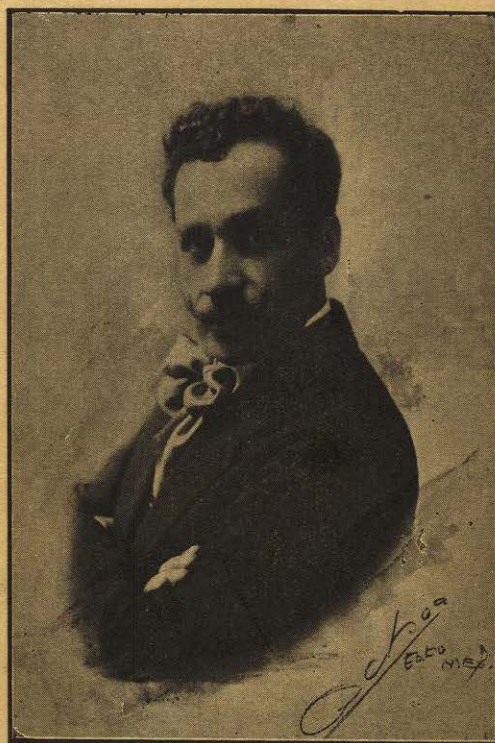
¡VIVA EL AMO!

LA PIEDRA.

SU ALTEZA LA MISERIA.

POESIA

MIS DRAMAS INTIMOS.



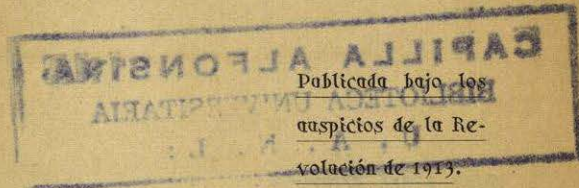
MARCELENO DAVABOS



¡Carne de cañón!

(CUENTOS)

RICARDO COVARRUBIAS



MCMXVI

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
RICARDO COVARRUBIAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
R-40. 1625 MONTERREY, MEXICO

098516

33297

863
D.

PQ7297

.D3
C3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

088216

78888

A LA CARNE DE MALARIA:

MI OBLATA A LAS INNUMERAS
VICTIMAS OFENDIDAS A LA
SIBERIA MEXICANA.

M. DAVALOS.

CHAN SANTA CRUZ,

Q. ROO, DE 1902 a 1908.

PROPIEDAD ASEGURADA

CON ARREGLO A LA LEY.

LITERATURA

REVOLUCIONARIA

EL vigoroso impulso que conmueve a la Patria Mexicana desde cinco años ha, no puede ser comprendido ni llegará a consolidarse sino con la consagración literaria.

El estruendo del cañón, el silbido estridente de las balas, el oleaje de sangre empurpurando el suelo, los horrores todos de la guerra, impresionan pasajeramente; el tornadizo espíritu humano se habitúa, día a día, a las sensaciones del momento y ni la ejemplaridad objetiva del éxito ni el cambio de mandatarios, modifica la concepción de la vida en una sociedad tradicionalista que conserva y petrifica las costumbres, virtudes y vicios; los fanatismos gloriosos o deprimentes; los errores líricos o materialistas; pero que protege, guarda y momifica con la pátina de lo viejo aun por encima de todo lo nuevo, la rugosa piel anciana, costra deforme y dura es-

cama de la carne joven y de la savia nueva.

A un General victorioso se le viste con los pliegues de la púrpura de los Césares y se le cantan los mismos himnos y se le arrulla con el mismo coro con que lo hiciéramos ayer para todos los que portaron sable y lucieron charréteras; no vemos en un General nuevo sino a otro General. En el Gobernante revolucionario, el Jefe que dirige y encauza la administración pública en una Entidad Federativa, nos empeñamos en no ver sino a un hombre que gobierna con todas las flaquezas, con las mismas debilidades, con los mismos desfallecimientos que antaño tuviesen los Gobernantes todos.

Y las Leyes, las mismas Leyes acabadas de confeccionar, Leyes purificantes de demolición y de incendio, son pronto consideradas como todos los viejos Códigos conculcables, eludibles, de burla y violación.

Hombres y Leyes apenas si hacen sentir su novedad en los tablados del antiguo escenario. La farsa parece la misma y los espectadores ríen con la misma risa insulsa y grotesca que lo hicieran para todas las pasadas comedias. Es una más... y basta.

La modificación, el cambio, la renovación perfecta no se comprende, no se percibe, no se siente, sino cuando ha sido impuesta hondamente por la literatura; la literatura que no es obra de copistas o de repetidores; la literatura

que no es molde o machote; la literatura creadora que hace vibrar los corazones con la armonía de estrofas nuevas; que hace experimentar emociones distintas producidas por líricos entusiasmos de altas, de nobles y de generosas aspiraciones.

Es inútil que prediquemos la libertad del peón de campo; es inútil que legislemos para la liberación del mozo en faenas rústicas; es inútil que fijemos el salario mínimo del labriego, si las costumbres, si las tendencias, si los hábitos, inflexiblemente nos hacen ver con negligencia que el peón continúa siendo explotado, que el mozo rústico no come y que el labriego perece bajo el yugo de la esclavitud, de la miseria y de la ignorancia.

Es necesario que ante los ojos desfile, día a día, la protesta indignada; que los oídos escuchen, hora a hora, el himno libertario y que en páginas y páginas se repitan en todos los tonos y se pinten con todos los colores las verguenzas de una sociedad, reprobadas por el progreso y malditas por la moral.

Si no repetís todos los días que el militarismo es una plaga, los que ayer lucharon contra el militarismo son al día siguiente sumisos admiradores de la espada.

Si no gritáis todos los días contra la ponzoña venenosa y mortal del clero, la sociedad seguirá perfumándose con el incienso de los altares.

Si no azotáis todos los días a los ver-

dugos del capital, pronto veréis a la sociedad mansa, sumisamente postrada ante la insolencia del que todo lo tiene.

Así como un país no se conoce ni se prestigia sino por el mérito y la gloria de sus escritores, así una revolución no se distingue ni se consagra sino por el valer y la importancia de su literatura.

“Carne de Cañón” tiene el mérito intrínseco de las obras de Marcelino Dávalos: sencillez, entusiasmo y verdad; pero no he querido apreciar en este libro sino su fuerza revolucionaria.

He sentido la honda tristeza de los deportados, cuando al llegar el transporte de guerra no recibían la esperada carta de los queridos ausentes.

He comprendido cómo pueden enfermarse del corazón en aquel clima tropical “que oxida las espiguillas y ennegrece las conciencias.”

Se han retorcido en mi alma, como serpientes de fuego, los odios todos, cuando vimos morir uno a uno los huelguistas que padecieron el frío de la malaria y murieron tiritando y bendiciendo al paludismo que los salvó de la vida miserable y los entregó escuálidos y vencidos a la muerte salvadora.

Hemos vivido las amargas de Saturnino, las ansias de la fuga con el Chamula; nos hemos paseado por la arena caliente de la distante playa; hemos estado en las agobiadoras faenas de “la brecha;” seguimos el pesado convoy tras la tarda locomotora del ferrocarril; y escuchamos el tiroteo de los

indios y vemos—desnudados los cadáveres—cómo son descuartizados a machete por la ira salvaje de los mayas.

Dávalos es el primer dramaturgo mexicano. Laureado, ensalzado por la crítica, ovacionado por las multitudes; el escenario es para su inspiración el campo de la gloria.

Dávalos es poeta y cancionista. Sus estrofas vigorosas nos han entusiasmado muchas veces y sus trovas de amor nos dejaron siempre el sabor de soñadas ternuras.

Pero ni sus dramas ni sus versos han hecho escuela ni han tenido otra ventaja social ni otro provecho inmediato, que el de unos cuantos pesos para los empresarios.

“Carne de Cañón” es un libro de utilidad inmediata, de aparición oportuna, de beneficios colectivos. Es un libro para la educación de todos, es la protesta y el ejemplo, es la advertencia y el consejo, es, en fin, una pieza de literatura revolucionaria. Había sido escrita cuando fué sentida, para ser publicada cuando se ha podido.

Aristóteles juzgaba del mérito de un libro, observando si el autor dice cuanto debe decir; si no dice más de lo que es preciso decir; y si lo dice como se debe decir.

La obra de Dávalos reúne, a mi juicio, esas condiciones.

Hacedla circular, leedla una y otra vez, que llegue a todos, que vaya de mano a mano, que pase por la mesa del

